

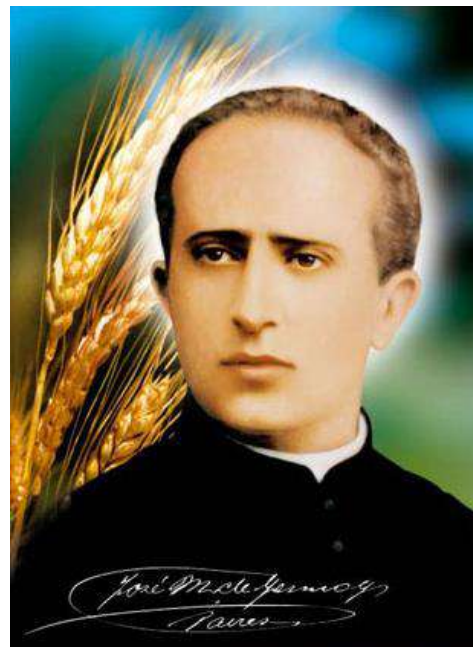
Historia de la Congregación

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso de los espinos se cosechan uvas o higos de los zarzales? Así, todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo, los produce malos”. (Mt. 7, 17-17;)

Personalidad y algunas virtudes del Padre Yermo.

El Padre Yermo fue un árbol bueno y fecundo. Durante su no muy larga vida, dio fruto de grandes virtudes, incansable actividad apostólica y una fidelidad y amor a la voluntad de Dios, alegre y pronta.

Guardó siempre el secreto de sus amarguras. Nadie, ni sus más íntimos amigos, pudieron sospechar lo que había en su alma, porque siempre se mostró amable y sereno. Solo después de su muerte se ha descubierto lo mucho que sufrió.



En una de sus cartas dirigida a una de las madres se lee:

“Los sufrimientos llevados al Sagrario, se convierten en amor y paz. Cristo guardó siempre el secreto de sus dolores íntimos, desde el pesebre hasta la cruz. ¡Animo! Dios está con el que sufre por su amor”.

El Padre Yermo fue vástago de una de las más ilustres y cristianas familias españolas de la Provincia de Vizcaya, que vinieron a radicarse en México.

Con la nobleza de su sangre heredó las virtudes de sus padres y antepasados, especialmente la caridad para con los pobres y desvalidos.

El Padre Yermo era alto, bien proporcionado, de porte distinguido, que revelaba su noble cuna. Blanca y sonrosada la tez, los cabellos de color castaño y un poco blondos, muy amplia y serena la frente, los ojos grandes y algo claros, su mirada muy viva y profunda, al mismo tiempo sencilla y bondadosa, la nariz entre recta y aguileña, labios finos, prontos a expresar bondad. Su figura gentil, su bondadoso semblante y sobre todo su virtud, le dieron un atractivo especial con el que ganó muchas almas para Dios.

El timbre de su voz era muy agradable. A juicio de quienes eran capaces, era calificado como notable orador y director de almas. Tenía mucha habilidad para el canto.

Moderado y muy fino en todos sus modales, sin afectación, antes bien, su proceder fue siempre franco, leal y sencillo.

En sus apuntes personales, el mismo Padre describe su propio temperamento, como compuesto de sangre, bilis y nervios.

A quienes lo trataron, siempre les admiró la virtud con que supo equilibrar ese rico temperamento.

Tenía talento claro, despejado y penetrante. Era ilustrado y culto, como convenía a su vocación de Sacerdote y Fundador.

Fue ordenado y metódico en todas sus cosas. Tuvo genio organizador. Firme en sus decisiones. Tomada una resolución, era eficaz para ejecutarla, por más dificultades que le salieran al paso.

Su sincera modestia y humildad no excluyó nunca la fuerza y firmeza de sus bien ponderadas determinaciones.

El Padre Yermo era infatigable en el trabajo. Dios Nuestro Señor le dio una naturaleza ricamente dotada, como convenía al escabroso camino que su Providencia le había trazado.

El tesoro de su gran corazón fue siempre para todos, pero en los pobres se desbordaba toda la ternura de su caridad. Fue confidente de grandes y pequeños, de pobres y ricos.

Podemos decir que como el Apóstol, supo hacerse -todo para todos a fin de ganarlos a todos para Jesucristo-. (I Cor. 9,19)

Quienes trataron íntimamente al Padre Yermo, reconocieron que el verdadero sello de su personalidad, fue la caridad en todas sus manifestaciones. La caridad que solo puede provenir de Dios que es el Amor y se derrama con desinterés y generosidad entre los hermanos.

Tenía el Padre Yermo una gran capacidad de sentir las desgracias de los pobres que le conmovían hasta las lágrimas. Era delicado para comprender y hacer suyos los sufrimientos de los demás y remediarlos, aún a costa de grandes sacrificios, porque en su corazón hacían eco todas las miserias, tristezas y amarguras de los pobres, de todos los que sufren en el cuerpo o en el alma. Como un fuerte imán le atrajeron siempre los niños, los desamparados, los más miserables. Su ardiente fuego misionero lo hizo audaz en su celo por la salvación de sus hermanos.

No hay que desconocer que la fuerza de su apostolado estuvo principalmente en su vida de oración, como él mismo lo da a entender cuando dice en sus apuntes íntimos:

“Sé que debo orar más, porque cuanto más yo viva en Ti, Señor, más podré llegar a las almas y llevarlas hasta tu Sagrado Corazón”.

Apostolado en el Calvario como seminarista

El padre Yermo fue un verdadero catequista. Cuando era seminarista, en el Calvario encontraba su descanso del estudio, su más amena distracción y sobre todo la expansión de su espíritu. Se daba a los pobres en la forma más completa: los instruía, jugaba con ellos y los obsequiaba.

Nunca podía imaginar que aquella obra de apostolado era el preludio de otra mucho más grande, que en ese mismo Calvario, le tenía reservada la Divina Providencia.

En aquel tiempo era Capellán del templo del Calvario, un anciano sacerdote, de familia muy humilde, de escasos estudios, pero de grandes virtudes, el Sr. Pbro. Don Prudencio Castro.



Templo del Santo Niño

El Padre Prudencio junto a ese templo, que no había terminado, edificó algunos cuartos con el fin de que sirvieran como casa de ejercicios.

Amistad con el Padre Prudencio

El Padre Yermo había contraído una santa amistad con el anciano Padre Prudencio, probablemente desde el tiempo en que comenzó a ir al catecismo, siendo seminarista, con mucho agrado del Padre.

El día 4 de abril de 1885 murió el Padre Prudencio y el Padre Yermo que hacía algún tiempo lo confesaba cada semana, lo auxilió y confortó en sus últimos momentos.

Dice el Padre Yermo:

“Yo fui honrado con su amistad y me cupo el consuelo de auxiliarlo en su postrera hora. Su amistad y su muerte, me dieron ocasión de recibir grandes lecciones y de quedar para siempre edificado de él”.

Un nombramiento para un servicio humilde.

Pocos días después, sorprendió a muchos la desagradable noticia de que el Sr. Obispo había designado al Padre Yermo, Capellán de dos pobrísimos templos casi siempre solitarios: El Calvario y el Santo Niño, para sustituir al Padre Prudencio.



Templo del Santo Niño

Era tan notable la desproporción entre aquellas pobres Capellanías y las cualidades y méritos del Padre Yermo, que nadie podía ver en aquel nombramiento un beneficio, sino más bien, una humillación.

Sus amigos le aconsejaban y lo incitaban a que renunciara.

Dice el Padre Yermo:

Aquel nombramiento para puesto tan humilde, hirió mi amor propio, que más se exaltaba con lo que decían los amigos.

Llegué a pensar en renunciar y así lo habría hecho, si Dios Nuestro Señor no me lo impidiese, por medio de un impulso secreto que me contuvo.

¡Que miserables somos los hombres y cómo no sabemos acatar las disposiciones divinas...!

“Ahora me alegro de no haber renunciado, ya que el Señor me llevó allí para hacerme instrumento de sus misericordias, en la fundación de la Sociedad”. (Memorias Tomo I pag. 62)

El Señor Obispo, sin saberlo él mismo, fue instrumento en la obra de Dios. Quizá tuvo noticia de que el Padre Yermo era muy amante de los pobres y juzgó que haría allá mucho bien. Sea cual fuere el motivo de enviarlo allí, sin duda allí lo quería Dios.

El Padre Yermo luchó contra su sensibilidad, que tantas veces le sirvió para aquilatar su virtud y dar más fuerza a su firme voluntad de ser fiel a Dios. Para él fue una verdadera tentación, pero habituado como estaba a resolverlo todo en la oración, allí recibió aquel impulso secreto de que habla, esa luz y fuerza de la gracia y entonces el amor de Dios, abatió el amor propio y pudo aceptar el cargo, con entusiasmo.

Sus amigos no podían saber lo que Dios esperaba del buen Padre Yermo y por eso, trataban de apagar las luces del espíritu.

Toma posesión del Calvario.

El día 11 de abril de 1885, el Padre Yermo tomó posesión de sus dos pobres Capellanías y se dedicó a ellas con el tesón y constancia que él ponía en todas sus cosas.

El Padre vivía en el centro de la ciudad y el Calvario estaba tan lejos... el camino tan polvoriento y el cerro tan escarpado, que su primera compra fue un caballo, en el que subía y bajaba el cerro dos veces al día.

El Padre se dio de lleno al trabajo. El sabía que en cualquier lugar podía cooperar con Cristo en la extensión de su reino y por esto, lo mismo era trabajar entre alegres multitudes, que en el campo desierto de su Calvario. Allí lo quiere Dios y esto le basta.

Se encuentra con una terrible escena.

Un día en que el Padre Yermo, como de costumbre, pasaba por las orillas del río, presenció horrorizado una sangrienta escena que hizo estremecer todas las fibras de su compasivo corazón: dos pequeños niños recién nacidos, eran despedazados y devorados por unos cerdos, en las márgenes del río.

El Padre, no podía olvidar aquel tristísimo cuadro que le traía a la mente todas las desgracias de los pobres, y fue para él como una puñalada a su buen y sensible corazón.



El 19 de agosto, dedicado en aquel tiempo a San Alfonso María de Liguori, a quien el Padre tenía especial devoción, por haber sido el Santo muy amante de la Santísima Virgen y de los pobres, quiso celebrarle misa solemne por la mañana y un ejercicio vespertino. Para esto tuvo que pasar todo el día en el Calvario, porque él tenía que hacerlo todo, desde barrer la Iglesia.

Fue en aquella celebración cuando Nuestro Señor le inspiró fundar allí mismo en el Calvario, la proyectada casa de beneficencia en vez de la casa de ejercicios que se estaba construyendo.

El Padre habló con su Obispo, le expuso su plan y le pidió autorización para convertir en asilo, lo que según el primer proyecto era para casa de ejercicios.

Al Sr. Obispo le agradó mucho la idea y autorizó con gusto el nuevo proyecto.

Sin pérdida de tiempo, pensando en llevar una Congregación religiosa, escribió al Padre Fundador de “Las Hermanitas de los Pobres” y algún tiempo después, todo quedó arreglado.

Envió al Padre Le Pailleur el dinero necesario para el pasaje y demás gastos del viaje de cuatro Hermanitas y estando ya todo convenido recibió una carta del Fundador diciéndole que por las circunstancias políticas de México, sus hijas no podrían usar sus hábitos por las calles, y que por tanto no las enviaría. Que el dinero de los viajes quedaba a su disposición.

Esto que al parecer había sido un fracaso, era justamente el punto de partida para el nuevo camino que lo llevaría a realizar los designios de Dios.

Pensó el Padre Yermo que había de suplir de algún modo a las Hermanitas de los Pobres y esperar la hora de Dios para lograr que fuera alguna otra comunidad.

Hacía tiempo que él dirigía algunas jóvenes que daban señales de vocación religiosa. Desde el mes de agosto había comenzado a hablarles de la llegada de las Hermanitas y de su obra, se entusiasmaron y algunas ya estaban decididas a ingresar en la nueva Congregación del Padre Le Pailleur.

Después de mucho pensarlo le vino la idea de que quizá aunque fuese en una forma imperfecta y provisional, aquellas jóvenes con vocación religiosa y ya decididas, podrían comenzar la obra entre tanto que llegaran algunas religiosas.

Consultó con el Sr. Obispo y contó con su más amplia aprobación.

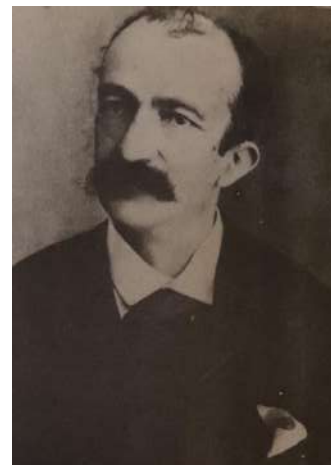
Habló con aquellas señoritas, sus dirigidas, les expuso claramente el caso y tres de ellas aceptaron.

Conoce al Dr. Gutiérrez

En el mes de agosto de aquel año, el Padre Yermo había contraído amistad con el Dr. Rosendo Gutiérrez de Velasco, notable en su profesión de médico y muy estimado en León.

Este señor con ocasión de la muerte repentina de su esposa, angustiado y desorientado, acudió al joven Padre Yermo y con su ayuda, emprendió desde entonces una vida de fervoroso cristiano y buscó el consuelo en las obras de caridad.

Cuando el Padre le confió su proyecto, el doctor se entusiasmó y le ofreció su ayuda. Tenía a su cargo un departamento en el Hospital Civil en donde se alojaban sesenta pobres. El gobierno daba 100 pesos mensuales, exigua cantidad para sostenerlos.



Dr. Rosendo Gutiérrez

El Padre y el doctor convinieron en que aquellos sesenta pobres fueran los primeros en habitar el Calvario, así contaría con aquel pequeño subsidio.

El doctor ya interesado en la obra, habló a una prima suya que estaba tramitando su ingreso con las monjas capuchinas y le pidió que fuera al Calvario, mientras terminaba los arreglos para su entrada en el Convento. Ella no sólo aceptó gustosa, sino que ofreció llevar también a una amiga suya.

Al Padre Yermo le pareció bien, así serían cuatro o cinco para el ensayo.

Algunas espinas

El Padre no se daba un momento de reposo, y al mismo tiempo que se ocupaba de la construcción, visitaba a varias personas pudientes para interesarlas por la obra y contar con su ayuda económica.

Otra lección más de amarga experiencia, recibió el esforzado Padre: una señorita muy rica, le había ofrecido para el sostenimiento de la obra, una respetable ayuda, pero cuando supo que no vendrían las Hermanitas de los Pobres, en forma despectiva, retiró totalmente su promesa.

Dice el Padre:

“Dios Nuestro Señor así lo permitió. Este desengaño fue el primero de esta clase y vino a significarme que en la obra que El ponía en mis manos, tan solo debía contar con su auxilio y nunca fiarme de las criaturas”. (Memorias, Tomo I pág. 71)

Los Planes de Dios

Con mucha insistencia, con oportunidad y sin ella el Padre Yermo repite que la Congregación es obra exclusiva de Dios.

No toleraba que le llamaran Fundador.

Dice en las Memorias:

“La Sociedad de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres, no fue fruto de largas meditaciones por mi parte, sino tan solo de las circunstancias especiales de que Dios Nuestro Señor me rodeó para obligarme a emprenderla. De esto se infiere que es obra totalmente suya, en la que yo no he tenido más parte, que la de haberme dejado guiar por sus indicaciones”. (Memorias, Tomo I, pág. 72)

El Señor fue revelando poco a poco su designio de amor. El Padre Yermo se dejó guiar, supo reconocer en cada acontecimiento y aún en los menores detalles la voluntad de Dios, que fue siempre el faro de su vida. Dice:

“En el momento en que se fundó el Asilo del Calvario en León, tampoco pude sospechar que aquello llegaría a ser una Congregación Religiosa, porque mi objeto por entonces, sólo se reducía a cubrir las necesidades de la localidad, sin pensar en más. Ninguna idea tenía de fundar una comunidad religiosa.

Si la fundación se hubiera hecho durante la vida del Ilmo. Sr. Sollano, pudiera atribuirse su progreso a los recursos humanos con que él me hubiera ayudado y no a la sola protección divina.

Tengo entendido que si Dios me hubiera dado a comprender los sufrimientos y penas que me tenía reservados en aquella empresa que iba a confiarme, mi gran miseria me habría llevado a rehusarlos.

Ahora lo bendigo con todo mi corazón, por lo que se ocultó. (Memorias, Tomo I pág. 72)

Su grande amor a los pobres y su confianza en la Divina Providencia, le dio ánimo para emprenderlo todo, a fin de aliviar las miserias de sus hermanos, aún a costa de grandes dificultades.

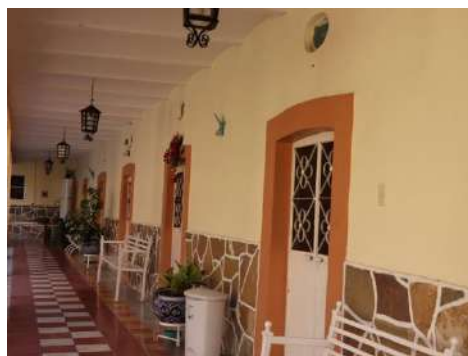
Fueron tantos los contratiempos y dificultades que se le opusieron desde el principio, que hubieran bastado para doblegar una voluntad menos firme que la suya.

Los planes del Padre Yermo no iban más allá de la ciudad de León, ni siquiera más allá del Calvario, aunque su alma de apóstol hubiera deseado abarcar el mundo.

Acondicionamiento del asilo.

Dice el Padre:

La casa ya construida en el Calvario y que debía servir para el Asilo, era un edificio informe, fabricado sin plan fijo, sin atención a las reglas más esenciales de la higiene y sin ornato alguno. (Memorias, Tomo I. Pág. 77)



El aljibe no estaba terminado, la perforación en roca de cuatro metros de profundidad y sin defensa, ocupaba gran parte del primer patio, cosa que presentaba un serio peligro.

Más tarde arreglando el edificio en el segundo patio edificó un salón grande y ancho, las paredes revestidas de cantera por el exterior, el techo, como se usaba entonces, muy alto y de bóveda, con muy buena ventilación por medio de una serie de ventanas por ambos lados.



Hizo otros muchos pequeños arreglos. Sin embargo, el edificio distaba mucho de tener las condiciones apropiadas para Asilo. El aljibe no estaba terminado, la perforación en roca de cuatro metros de profundidad y sin defensa ocupaba gran parte del primer patio, cosa que presentaba un serio peligro.

Llegó el mes de diciembre. El Padre había elegido el día 12 consagrado a Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, para inaugurar el

Asilo. Sus muchas ocupaciones en la Catedral, le obligaron a trasladar la inauguración para el día siguiente 13, fiesta de la virgen y mártir Santa Lucía que en aquel año cayó en domingo.

La víspera, acompañado de su inseparable amigo, el Padre Arizmendi, pasó casi toda la noche en oración, probablemente adorando los designios del Señor y pidiendo su divina protección.

Amaneció el 13 de diciembre de 1885.

Una lluvia abundante y pertinaz no dejó aparecer el sol, como si presagiara la lluvia de gracias que caería sobre la tierra fértil del alma del Fundador y sobre la obra que Dios le confiaba.

Algunas gracias serían de consuelo y alegría, pero muchas más serían de grandes sufrimientos.

La inclemencia del tiempo no logró disminuir el entusiasmo del Padre Yermo.

Radiante de emoción, desde las primeras horas de la mañana se instaló en el Calvario para recibir a las fervorosas jóvenes que no tardaron en llegar, decididas a quedarse, y como dice el Padre, sin saber a qué.



Padre Miguel Arizmendi



Madre Victoriana Gutiérrez de Velasco

Cuatro fervorosas jóvenes

Nos narra en las memorias el Padre Yermo: *Las fundadoras de la Sociedad, que tomaron parte desde el 13 de diciembre fueron cuatro. Tanto ellas como yo, éramos lo menos adecuado para iniciar una Congregación, por esta causa, hoy que ya pasaron diez y siete años y que veo lo que Dios ha hecho, no puedo menos y a la verdad con todo gusto, que confesar sin reparo alguno, que la obra es enteramente suya. De estas cuatro Hermanas, la Hermana Fausta Ojeda murió trabajando en las labores de la Sociedad; otra se separó a poco tiempo y las otras dos siguen en la Sociedad. ¡Cuánto sufrieron estas beneméritas fundadoras! Dios lo sabe y sin duda les reserva por ello un gran premio en el cielo. Fueron la semilla del Instituto y merecen por lo mismo, que la Sociedad las ame, pues debe considerarlas como a sus madres, así como buenos hijos aman y veneran a sus progenitores.*

En atención a lo expresado, justo me parece decir algo en particular con relación a cada una de ellas.

Las Hermanas Clotilde y Fausta eran de las que frecuentaban mi confesionario, y de ellas, a la segunda algo le había tratado, no así a la primera; pues la primera ocasión en que llegué

a hablarle fuera del confesionario, entiendo que fue la tarde del día 13 de diciembre cuando llegó acompañada de su hermano Elpidio para quedarse en el Calvario.

A la Hermana Victoriana Gutiérrez y a la señorita Pomposa Muñoz ni de vista las conocía.

La Hermana Clotilde Muñoz nació en Sn Juan de los Lagos el 18 de abril de 1846, siendo sus padres Dn. Diego Muñoz y Dña. María Reynoso. Recibió el bautismo en la Iglesia Parroquial de su pueblo natal, teniendo por madrina a Dña. Regina Reynoso.

La Hermana Fausta Ojeda era originaria de León, donde nació el 18 de diciembre del 1852. Sus padres fueron Dn. Celso Ojeda y Dña. María Cruz Oliva. Se bautizó en la parroquia de San Sebastián de la misma ciudad, teniendo por padrinos a Dn. Juan y Dña. Candelaria Ramírez.

La Hermana Victoriana Gutiérrez nació en Rincón de Romos el 23 de marzo de 1856. Sus padres fueron Dn. Andrés Gutiérrez de Velasco y Dña. María Santos Vega. Padrinos de Bautismo de ella fueron Dn. Francisco Gutiérrez y Dña. Antonia Pedroza.

La señorita Pomposa Muñoz era originaria de la Hacienda de Ibarra, contando con diez y nueve años cuando la fundación. Carezco de otros datos a cerca de ella... fue invitada por la Hermana Victoriana. Esta joven sirvió mucho y dio ejemplos de abnegación durante el tiempo que permaneció en el Calvario. Después su mamá se la llevó muy en contra de su voluntad.

Hubo otra más, que aunque no llegó al Calvario el día de la fundación, a causa del mal tiempo, fue a unirse con las anteriores al día siguiente, por cuyo motivo me parece justo contarla entre las fundadoras.

Esa Hermana es la que lleva el nombre de Gumersinda Muñoz. Nació en Lagos el 10 de enero de 1844, siendo sus Padres Dn. Jesús Muñoz y Dña. Petra Veloz. Recibió el Bautismo en la parroquia de su lugar natal, siendo sus padrinos Dn. Gabino Muñoz y Dña. Julia Velázquez. (Memorias Tomo I pag. 79-81)

Con el inicio de estas primeras Hermanas como fundadoras, se forjaron los rasgos fundamentales de un nuevo carisma para la Iglesia.

Grande pobreza en los inicios.

Habiendo llegado las jóvenes y organizándose en la nueva empresa, el Padre celebró la Santa Misa en el mismo templo del Calvario y reservó la Divina Eucaristía en aquel pobre sagrario que se conserva como recuerdo. Escribe en una carta circular:



Imágenes que desde tiempos del Padre Yermo se conservan en el Calvario

“Quise que el Divino Huésped de las almas con su presencia, sirviera de aliento a las que animadas por su amor, iban a sacrificarse sirviendo a los pobres. Desde entonces, Jesús Sacramentado comenzó a ser el constante compañero de las Hermanas y de aquí tomó origen después, como uno de los medios para cumplir con el fin principal de la Sociedad, la adoración continua que tantos bienes le ha traído”.
(Carta Circular 26 de abril 1904)

El Padre Yermo enseñaba a sus hijas que la perfección del amor divino se convierte en adoración.

Terminado el frugal desayuno, el Padre dio a las cuatro señoritas posesión de la casa y de los escasos y pobres muebles que había en ella. Desde ese primer día les dio el nombre de “Señoras” a usanza española.

Toda la mañana fue mucho trabajo para preparar el hospedaje a los pobres que llegarían por la tarde. Los patios carecían de pavimento, por consiguiente, la lluvia continua y el movimiento necesario para disponer todas las cosas, los convirtieron en un lodazal como pudiera ser el de un camino carretero sin pavimento.

“En las privaciones y sacrificios, ellas fueron verdaderamente heroicas: por algún tiempo, como mesa de comedor, usaron ellas la misma mesa que en el templo servía para tender a los muertos al hacerles los funerales.

No hay que olvidar todos estos pormenores que fueron sin duda alguna, el origen de las bendiciones celestiales con que en lo sucesivo ha contado la Sociedad, pues tal abnegación no pudo ser indiferente al Señor, que recompensa todo cuanto se hace por su amor y servicio.” (Memorias Tomo I pág. 84)

El Padre Yermo no dice que en esa misma mesa del templo, después de que terminaban las Señoras, también él tomaba allí el mismo desayuno que tenían para los pobres y sus servidoras.

Entre tantas penurias y sacrificio, había allí un encanto indefinible de alegría, de fervor y de confianza en Dios.

Llegan los 60 primeros pobres

Por la tarde mejoró el tiempo y pudieron llegar los pobres al Calvario conducidos en carretones, por dos buenos vecinos, Don Casimiro Nájera y Don Guadalupe Gazca, quienes ayudaron al Padre Yermo cuanto pudieron.



El Padre y sus colaboradores con el corazón lleno de santa alegría, recibieron a los pobres mostrando el entusiasmo de quien recibe un precioso regalo.

La caridad abría las puertas del Calvario

Aquellos 60 pobres sucios y abandonados, dice el Padre, -eran las primicias del tesoro de la Sociedad.-

Desde aquel día la casa se llamó: “ASILO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS”

Instalados en sus respectivos departamentos y separados por sexos, fueron atendidos con esmero por aquellas jóvenes que habían ido allí, ignorando que el Señor las destinaba para echar los cimientos de una Congregación religiosa.



El Padre Yermo valoró siempre el mérito de las cuatro fundadoras, y por esto cuando fue oportuno, pidió que a las cuatro primeras se les diera siempre el título de madres. Dice en una circular: *“Ellas fueron la semilla fecunda del Instituto y merecen por esto que la Sociedad las estime, por que debe considerarlas como sus Madres”*.

Es justo también reconocer que el Padre Yermo manifestaba en alto grado las virtudes y las cualidades del verdadero jefe. Desde el primer día reveló su genio organizador en la buena dirección que supo imprimir a su obra. Tenía ese poder de entusiasmar y arrastrar con sus ejemplos de bondad, de abnegación y humildad. Todo esto unido a su carácter siempre firme, sin desmayar ante ninguna dificultad.

Desde luego las Hermanas comenzaron a desempeñar el magisterio con la juventud desvalida, pues como entre los indigentes asilados en el Calvario había niños de ambos sexos, desde los primeros días fue necesario establecer la escuela y sin libros ni bancos ni otros útiles adecuados, se dio principio. La primera maestra de escuela fue la Hermana Gumersinda, que hizo lo que pudo. De esta manera tan pobre en todo sentido, fue como principiaron las escuelas del Instituto. No es de llamar la atención porque así es como comienzan las obras de Dios. (Memorias pag. 89)



Primera dirigente

Antes de retirarse del Calvario, el mismo día 13, nombró como dirigente a la Señorita Clotilde Muñoz, teniendo en cuenta solamente que era la de mas edad. Le entregó un horario para ellas y otro para los pobres.



El mismo día 13, la Congregación de “Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres” estaba ya fundada, sin sospecharlo ni el mismo Fundador.

El pequeño grano de mostaza se había ya sembrado en la roca del Calvario.

El día siguiente a la fundación, el Padre Yermo subió al Calvario muy de mañana, como lo hizo después diariamente, para celebrar la Santa Misa y arreglar mil cosas del orden de la casa y de la construcción.

Ese primer día tuvo el consuelo de ver que aquella pequeña semilla comenzaba a germinar.

La Señorita Gumersinda Muñoz llegaba al Calvario para unirse a las cuatro fundadoras y llevar con ellas el peso de los primeros y más rudos trabajos.

El Padre dice:

Entre las necesidades más graves del Calvario en aquellos primeros tiempos hubo también la falta de agua. Cuando llegaron los pobres el 13 de diciembre, el aljibe estaba apenas en construcción y por lo tanto el agua había que traerla desde lejos y subir luego el cerro con los cántaros llenos.

Se compra una burra

El Padre Yermo proveyó al transporte del agua comprando una burra que le costó seis pesos, y a la Hermana Victoriana le tocó en suerte ser la primera encargada de los viajes de agua con la burra que a menudo se encaprichaba.

La historia de la pobre Prisciliana

El pozo del aljibe al segundo día de la llegada de los pobres acabó por causar lo que el Padre Yermo temía: en él cayó una pobre anciana asilada, ciega, de nombre Prisciliana. Andaba incautamente paseando en aquel patio sin darse cuenta del peligro. Afortunadamente la Hna. Fausta la vio y la rescató inmediatamente, evitando que aquel accidente tuviera graves consecuencias. Dejemos que el mismo Padre Yermo nos cuente:

Aún cuando pudiera citar varios hechos de las Hermanas en aquellos primeros días, que a mi juicio pueden calificarse como heroicos, tan solo hablaré del siguiente:

Caminaba por el primer patio la pobre Prisciliana, quien por causa de su ceguera no pudo notar el hoyo practicado allí para el aljibe y cayó dentro de él hasta el fondo. Más tardó en

caer Prisciliana que en lanzarse tras ella la Madre Fausta que pasaba por allí, sin pensar en la profundidad de 4 metros, lo que quizá hubiera detenido a un hombre, y sin medir el peligro a que se exponía ella misma ni las dificultades con que iba a tropezar. Fortalecida sólo por la caridad logró sacar a la pobre anciana medio ciega, sana y salva.

Entiendo que su Ángel Custodio la ayudó, porque no se explica cómo pudieron salir las dos sin lesión alguna y sin ayuda de nadie. (CC 26 de abril 1904)

Prisciliana no llegó al Calvario entre los 60 pobres el día de la fundación del Asilo, sino algunos días después.

Un testigo ocular refirió la interesante historia de cómo fue rescatada Prisciliana de su mala vida y llevada al Calvario por el Padre Yermo.

Pasaba el Padre por una de las calles céntricas de León, cuando vio una multitud de hombres que se apiñaban para ver alguna cosa.

Pensando el Padre que habría ocurrido algún accidente y que podrían necesitarse sus servicios como sacerdote, se abrió paso entre aquella gente y se encontró con la pobre vieja Prisciliana, medio ciega, casi desnuda, que bailaba y cantaba indecorosamente. Se enardeció su celo, reprendió enérgicamente a la multitud de curiosos, libertinos, viciosos, que hacían gala de seducir al mal a la pobre mujer.

Algunos se dieron por ofendidos, no faltó quien se burlara del Padre, pero se retiraron casi todos avergonzados.

Cuando se fueron, el Padre dijo a Prisciliana:

¿Porqué haces esto?

Ella humillada y llorosa, le contestó:

“Para ganar con que comer.”

El Padre le ofreció la casa del Calvario en donde tendría todo, y como no se resolvía, le habló con tanta caridad y compasión, que al fin se convenció.

Podemos pensar que el Padre Yermo, imitando a su Divino Maestro, le diría: -Yo no te condeno, en el nombre de Dios te perdono, ven al Calvario y no peques más.

El buen hombre que acompañaba al Padre, llevó a Prisciliana al Calvario en donde vivió algunos años y murió santamente.

Cuando llegó a quedar completamente ciega, su más grata ocupación fue pasar casi todo el día en la Capilla, ante el Smo. Sacramento, a quien ella hablaba familiarmente y en voz alta.

Atención a los niños: La primera maestra de la Congregación



Entre los asilados había niños en edad escolar y el Padre siempre atento a procurar a todos el mayor bien, desde el primer día organizó el catecismo, improvisó una escuela y nombró a la Srta. Gumersinda Muñoz para atenderla. Ella se ingenió como pudo para suplir de pronto lo que faltaba de muebles y útiles escolares.

Aquella fue la primera escuela y la Hermana Gumersinda, la primera maestra de la Congregación.

Tan pobres principios -dice el Padre- no deben llamar la atención, porque las obras que son del Señor Omnipotente, casi siempre comienzan de este modo.” (Circular del 26 de abril de 1904)

Horario de las colaboradoras

Estaba consciente de su responsabilidad en la formación de aquellas jóvenes que solo habían ido allí para ayudarlo. En ellas estaba bien definida su vocación religiosa y él se propuso ponerles una base de sólida piedad para prepararlas a ingresar a la Congregación que tomara a su cargo la dirección del Asilo.

Desde el principio les marcó en aquel primer horario como hora de levantada, las 4 de la mañana y las 9 de la noche para ir a descansar. Señaló desde entonces una hora de oración, Santa Misa, Rosario, Lectura espiritual y exámenes de conciencia.

Para todo esto, el mismo les compró los libros adecuados. Regularmente era el Padre quien daba la lectura, hasta que aumentó el número de las Hermanas, la dio una de ellas. Unos días después, las futuras Siervas comenzaron a rezar el Oficio Parvo de la Sma. Virgen.

Pláticas de formación

Para fomentar más la vida espiritual de las Hermanas, todos los viernes de cada semana, a las cinco de la mañana puntualmente llegaba el Padre a caballo desde el centro de la ciudad, para darles una conferencia sobre diversos asuntos.

Según los relatos de las primeras Hermanas que por tradición han llegado hasta nosotros, sabemos que les hablaba principalmente de la oración, les hacía comprender que la oración es la esencia misma de toda vida espiritual; que insistía mucho sobre la verdadera caridad, amor a Dios y amor al prójimo que todo es uno, y les hablaba de la humildad como fundamento de la caridad.

Esas pláticas eran sin duda, el combustible que sostenía el fervor de aquellas primeras Siervas. Los miércoles a la misma hora, las confesaba.

Los viernes primeros de cada mes, daba el retiro a los pobres. Les hablaba en particular a cada grupo según su edad y sexo, tratando siempre de infundir la devoción al Corazón Eucarístico de Jesús. Todo ese día permanecía expuesto el Santísimo Sacramento y terminaba por la tarde con un ejercicio solemne, la bendición y reserva del Santísimo.

El segundo viernes de cada mes, dirigía el retiro a las Hermanas, y les comunicaba su fervor y celo por la salvación de los pobres.

Se suma la Srita. Refugio Zavala

El día 25 de enero de 1886 ingresó al Calvario la Srita. Refugio Zavala, profesora graduada en Guanajuato, Fue muy útil. Mejoró mucho la escuela compartiendo el trabajo con la Srita. Gumersinda. Logró adquirir material didáctico y se vio muy pronto el adelanto de los niños.

Borrador de las Constituciones

El fervor y entusiasmo con que aquel pequeño grupo de -Señoras- (Hermanas) trabajaba y progresaba en su santificación, llenaba de consuelo el corazón del Padre Yermo.

Ellas por su parte, le rogaban que les diera algo más que un horario y el Padre, accediendo a sus deseos, se dedicó a redactar, como él dice, un borrador de lo que fueron después las Constituciones, adaptado al fin particular de la obra.

Esas Constituciones que él llamó -borrador- son las mismas en el fondo y en el espíritu, que más tarde, con algunas modificaciones hechas por el mismo Padre, fueron aprobadas por la Santa Sede el día 8 de abril de 1910.

Se establece la adoración continua.

El día 19 de marzo del año 1886, estableció la adoración continua, también de noche, a petición de las mismas Hermanas. De día la hacían los pobres, sin exceptuar a los niños y de noche aquellas abnegadas Hermanas. A cada una le tocaba una noche completa y al día siguiente trabajaban como las demás.

El Padre muy a pesar suyo, tuvo que suprimir la adoración nocturna, cuando comprobó que era incompatible con aquella vida tan activa. Solo dejó la costumbre de velar una hora de 9 a 10 de la noche.

Tropezó jugando con un niño



Una tarde de ese mes de marzo, el Padre estaba en el recreo de los niños. Levantó en alto un chiquillo y así caminó sin ver una gran piedra de los escombros; tropezó con ella y cayó hasta el suelo. Por librar al niño, recibió él todo el golpe en una pierna que ya tenía enferma de várices.

Esa tarde con grande esfuerzo montó el caballo para volver a su casa. Al día siguiente sin duda fue mucho mayor el que tuvo que hacer para ir por la mañana al Calvario.

Después de la Santa Misa le fue imposible todo movimiento; los vecinos lo ayudaron. Fue preciso disponer una habitación a la entrada del Asilo y allí permaneció varios días. Se restableció un poco, pero no tanto como para subir y bajar el cerro.

El Sr. Obispo aprobó, que fijara su residencia en el Calvario.

Ya bastante mejorado, aunque no sano, volvió a sus fatigosos trabajos con nuevo entusiasmo.

“Aquel golpe, -dice el Padre-, fue la causa determinante que motivó mi permanencia en el Calvario y en casa de las Hermanas, que se ha prolongado hasta hoy, con no poco provecho mío”. (Memorias Tomo I. Pág. 98)

El primer hábito

Hasta el mes de mayo de 1886, las Hermanas usaban los vestidos que habían llevado de su casa. El Padre no pensaba en que fueran religiosas, pero a instancias de ellas mismas, les concedió que vistieran lo que puede llamarse, el primer hábito. Fue de lana azul oscuro que el mismo Padre les compró de su propia bolsa. Para la confección, quiso al mismo tiempo que manifestara sencillez, decencia y modestia, no llamara la atención, sino que se asemejara al uniforme de un colegio. La



cabeza quedaba descubierta. Poco tiempo después se convino en cambiar el color del hábito y se adoptó el negro para lograr uniformidad en el color.

El día 8 de mayo comenzaron a usarlo y ese mismo día pidieron al Padre Yermo que les permitiera llamarse entre sí, Hermanas.

Organizó la celebración solemne de los meses de mayo y junio. Las Hermanas, los pobres y demás personas que asistían, cantaban dirigidos por el Padre. Ofrecían flores por turnos los niños, las niñas, los ancianos, las Hermanas y al final también el Padre ofrecía su flor.

En junio, un grupo de niños y niñas hicieron su primera comunión, preparados por el Padre y las Hermanas.

Apostolado de la Oración y guardia de honor

Desde el mes de mayo solicitó y obtuvo del R. P. Andrés Rivas, S.J., director del Apostolado de la Oración, el permiso para establecer en el Calvario dicha Asociación.

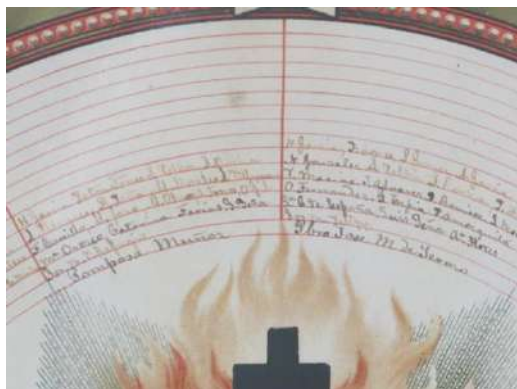
Se dirigió también al R. P. Perrotte a Bourg de Francia, Director General de la Guardia de Honor y pidió ser agregado él, las Hermanas y los pobres, a la Archicofradía.

El día 7 de junio recibió su cédula personal y el día 15 del mismo mes, le llegó de parte del R. P. Perrotte, un diploma en que lo nombraba Director Diocesano de la Guardia de Honor.

El Sr. Obispo de León Dn. Tomás Barón y Morales, lo confirmó y autorizó, firmando el diploma.

Con esto se abrió para el Padre Yermo, un campo mucho más amplio para trabajar por la honra y gloria del Divino Corazón.

Recibió el nuevo cargo con grande entusiasmo y comenzó a establecer la Archicofradía, con anuencia de los Párrocos, en toda la Ciudad. Puso en movimiento a todos los devotos del Sagrado Corazón para que conquistasen nuevos socios.



Algunos nombres de los Inscritos en la Guardia de Honor

Muchas personas quisieron inscribirse en el Calvario.

Se conserva un cuadro grande con el cuadrante de la Guardia de honor en donde están anotados los nombres de todos los socios: el Padre Yermo, las Hermanas, los pobres del Calvario y muchas personas más. Son 242 nombres escritos caso en miniatura de puño y letra del mismo Padre.



Cuadrante de la Guardia de Honor del Padre Yermo

Por su cuenta hizo gran acopio de cédulas, estampas, medallas y todo lo necesario para la Archicofradía.

Dice la Madre Refugio Ladrón de Guevara:

“Fue cosa de alabar a Dios, la rapidez con que se propagó”.

Los viernes primeros acudía muchísima gente, socios y no socios, todos cantaban con el Padre. En sus sermones les hablaba siempre del amor de Cristo a los hombres y de nuestro deber de amarlo prácticamente, cumpliendo su santísima voluntad, amando y ayudando con verdadera caridad a los hermanos.

Les recomendaba también ser fieles a su hora de guardia para adorar al Señor y darle gracias.

Después cambiaban unos billetes propios de la Archicofradía.

Agregó también su gran familia a la Cofradía de la Hora Santa en Paray Le Monial, Francia.



Distintivo hecho por el Padre Yermo para los Guardías de Honor

Para las Hermanas y los pobres, él mismo dirigía la Hora Santa todos los jueves de 7 a 8 de la noche.

El Padre Yermo hacía su hora santa arrodillado al pie del Tabernáculo de 11 a 12 de la noche, después de haber trabajado sin descanso todo el día.

Dice la Hermana Juana Francisca:

“La fidelidad a la gracia y la intimidad con Dios Nuestro Señor, de nuestro Padre Fundador, fue como una corriente de amor y sacrificio, que nunca disminuyó, antes bien, creció cada día más”.

Obra de Dios

El Padre veía crecer aquella obra y seguir un rumbo que él no había pretendido darle. No se juzgaba capaz de dirigir una Congregación y esa sincera humildad le hizo sufrir grandes temores, dudas y tentaciones.

En las Memorias escritas casi al final de su vida dice:

“Ahora veo esta obra de Dios que se desarrolló en mis manos pero entonces no lo juzgaba así y en muchas ocasiones dudé que fuera obra de Dios, no pocas temí que el demonio me engañase, ingiriéndome en empresas superiores a mis fuerzas. Es que yo solo fui el instrumento de Dios Nuestro Señor que se valía de mí para cumplir sus designios, porque tengo muy presente que ni pensaba las cosas con anterioridad y sin embargo, todas poco a poco, en seguida de otra, se iban realizando”. (Memorias Tomo I pág. 99)

El Padre Yermo con todos aquellos que consultó, especialmente religiosos, aprobaron sus trabajos y lo animaron a proseguirlos, el Padre pasó no poco tiempo en duras luchas. Porque también por otra parte, no faltaba quien juzgara aquello una locura y profetizara la próxima ruina de aquella Obra.